Certificado exprés

Ramón Pérez Aguilar

Certificado exprés
Ramón Pérez Aguilar

Editado por:
PUNTO ROJO LIBROS, S.L.
Cuesta del Rosario, 8
Sevilla 41004
España
902.918.997
info@puntorojolibros.com

Impreso en España
ISBN: 978-84-15833-46-8

Maquetación, diseño y producción: Punto Rojo Libros
© 2013 Ramón Pérez Aguilar
© 2013 Punto Rojo Libros, de esta edición

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

Índice

Capítulo I 13
Diez años más tarde 22
Rebelión en las despensas 53
"September" 65

Capítulo II 69
"Move on up" 82
Paredes que hablan 109

Capítulo III 123
Mermelada 157

Capítulo IV 205
El viejo tonel 240

Certificado exprés

Capítulo I

Le encantaban las películas de ladrones, pero no las de profesionales de sangre fría que no dudaban en apretar el gatillo para conseguir sus botines, sino las de hombres sencillos que obligados por alguna situación extrema, no tenían más remedio que llegar al robo y que, sorprendentemente, descubrían que habían nacido para ello.

Llega un momento en la vida de un hombre en la que debe hacer balance, y eso conduce a una serie de preguntas de difícil contestación: ¿qué he logrado?, ¿dónde encajo yo dentro del extenso esquema de las cosas que me rodean?, ¿qué significa tener éxito en la vida?, ¿cómo se mide el éxito?, ¿qué puedo hacer?

Todas las metas irradian un poder magnético que nos impulsa hacia ellas: a Colón le atraía el mar: a los hermanos Wright el cielo: a Einstein, las matemáticas; a Rembrandt, la pintura, y a Enzo Ferrari, la velocidad, por poner sólo unos ejemplos.

Hay quienes llegan al mundo para algo muy concreto: ser corredores de bolsa, panaderos, jugadores de baloncesto, ladrones... Pero, para Guillermo, el tiempo transcurría sin tener ni idea de para qué estaba destinado. Aunque de algo sí se convencía cada vez más y era que lo que estaba haciendo

con su monótona vida no le gustaba nada ni iba a ser capaz de soportarlo indefinidamente.

A punto de dar las siete de la tarde, la furgoneta del servicio de Correos hacía su recorrido habitual recogiendo la correspondencia de los buzones de hierro, pintados de color azul, instalados en las vías públicas. De ellos se extraían todo tipo de cartas: normales, urgentes, certificadas, con y sin acuse de recibo, paquetes de variados tamaños cuya sola condición era que cupiesen por la abertura del receptáculo a donde iban a parar. Todo era recogido y metido con rapidez en un gran saco de arpillera por el funcionario de correos de turno, quien a continuación —y con poca delicadeza— lo depositaba por una de las puertas laterales en el interior de la furgoneta. Las cartas se mezclaban como manifestantes en una revolución social: cartas importantes de negocios, documentos oficiales, desagradables facturas pendientes de pago, cartas de amigos escritas desde lujares lejanos, de familiares que preguntaban cómo les iba la vida a sus parientes lejanos; cartas con sentimientos desinteresados, declaraciones de amor eterno o amenazantes, postales de lugares lejanos visitados en vacaciones... Cartas sencillas, llenas de cariño u odio, con faltas de ortografía, se encuentran en la oscuridad de la sala de tú a tú, en un ambiente un tanto parecido al de un aislamiento militar a la espera del destino definitivo.

Así eran las cosas a principios de los años ochenta, cuando la publicidad aún no había iniciado su campaña de invasión sobre la sociedad a través de las estafetas de correos.

—¡No te dejes ninguna, que te veo con prisas!

—Si tuviera prisa ya habría terminado.

Mientras se despedía del dueño del quiosco de prensa al que veía cada día en aquella esquina, el cartero volvió a subirse a la furgoneta y dejó sin cerrar la puerta para así realizar la tarea más rápido en la próxima parada. Todas las tardes se repetía ese ritual en la ciudad. Luego, cuando terminaba su recorrido por la zona asignada, se dirigía a su delegación para descargar las sacas sobre el suelo y amontonar montañas de cartas. Los paquetes se depositaban en otro montón, según el tamaño, para luego proceder a clasificarlos dependiendo de su destino. Pero antes de alcanzarlo, cada envío realizaba un ajetreado recorrido. Esa primera noche, a los mil y un mensajes desparramados en el frío piso de cemento, se les concedía una tregua hasta la mañana siguiente, cuando llegaban los funcionarios y comenzaba el baile de verdad, en el que serían separadas, clasificadas por países, provincias, ciudades, pueblos, barrios y calles a una velocidad de vértigo en la que parecía imposible identificar su destino, pero que tantos años de experiencia hacen posible ese modesto y cotidiano milagro de precisión. Aunque sólo unas pocas, alguna vez, se pierden, casi todas llegarán a ver cumplido el único cometido por el cual fueron escritas: llegar a su destino.

Una vez clasificado el reparto, y dependiendo de la distancia que se habrá de recorrer para entregarlas, las cartas son introducidas en carteras de cuero que serán luego transportadas en motos, furgonetas, trenes e incluso aviones. De Santander a Madrid se necesita, en primer lugar, ir en furgoneta hasta la cabecera de la comarca y luego en tren hasta la capital. Uno de esos lotes de cartas incluía un reparto para Potes

y otro en tránsito para el resto de España; ambos debían trasladarse hasta la estación del ferrocarril.

—¡Buenos días, Sebastián!

—Hola... Serán buenos para ti.

—¿Y eso...?

—He pinchado una rueda de la furgoneta viniendo y he tenido que andar dos kilómetros hasta una gasolinera, menos mal que al final he podido arreglarla. Vaya trastos de vehículos de reparto que tenemos, esto no es material ni es nada.

El cuerpo de correos, como tantos otros organismos estatales, nunca ha estado lo suficientemente bien equipado, por eso las quejas eran los comentarios comunes entre los carteros.

El último emisario, Sebastián, esa misma mañana cargaba en su moto la saca que le correspondía, dispuesto a viajar como siempre por los pueblos de la zona para hacer el reparto, hiciera frío o calor, estuviera soleado, con lluvia o viento. Antes de salir de la estafeta, el veterano cartero rural comentó a sus compañeros:

—Ir en Vespa por esas carreteras con tanto reparto que entregar y con el día que hace hoy, tiene su riesgo. Ya veremos si no acabo yo en un barranco.

No acabó, pero le faltó poco.

Circulaba con precaución y a baja velocidad para controlar la moto por si una ráfaga de viento le hacía perder la estabilidad. No llovía, pero el cielo se nublaba cada vez más. Todo pintaba mal aquella mañana. La cantidad de pueblos asigna-

dos dependía de la correspondencia, pero generalmente llevaba los destinos desde Camaleño hasta Fuente Dé. La zona era realmente bonita, jalonada de pueblos encantadores, como el mismo Camaleño, con su monasterio de Santo Toribio, que tiene el privilegio de celebrar el Jubileo junto a Jerusalén, Roma y Santiago de Compostela, aunque parezca increíble comparándolo con estas ciudades mundialmente conocidas. Mogrovejo, con una torre medieval a los pies de los Picos de Europa; San Andrés, donde se realiza la romería más larga de España, la de La Santuca, con un recorrido de veintisiete kilómetros hasta el pueblo de Santo Toribio. Todos, llenos de historia que aún conservaban y en donde los edificios, monumentos y entorno natural están protegidos de la mano destructora del hombre y cuidados con mimo por sus habitantes. Iglesias románicas, casas nobles, callejuelas donde se convive con la sensación de ver aparecer en cualquier esquina un caballero de capa y espada o bellas damas cubiertas tras velos de seda, ocultas en un portal en la noche de Todos los Santos a la espera a su amante, Don Juan. Pero sobre todas esas cosas, en esos parajes enclavados en las montañas lo que domina es la tranquilidad, una paz que invita a retirarse a cualquier rincón y olvidarse de todo aquello que hace desagradable la vida, a huir del mundanal y estresante mundo que habitamos.

El cartero acababa de repartir las dos cartas que tenían destino en Camaleño: una, en el número tres de la calle Redo, y la otra en la calle Reina Victoria. En ninguna le abrieron la puerta, quizá por no haber nadie en casa o simplemente porque hacía tan mal día que nadie quería dejar entrar el frío en su vivienda. Dejó atrás la bella casa solariega de los Gó-

mez de Toquero, con su pórtico de entrada adornado con los escudos de armas de la familia y cuyos descendientes actuales no tenían mucho interés en conservarla debido al estado de abandono cada día más evidente. Incluso se rumoraba que planeaban montar en ella una discoteca, a pesar de que en el salón principal, junto al pozo de agua en la entrada de la biblioteca, sobre la superficie de una piedra labrada se podía leer que el primer marqués del linaje encomendaba su custodia y conservación a sus descendientes.

Después tomó la carretera nacional camino de Besoy, una diminuta localidad del partido judicial de Camaleño, donde tan sólo había siete habitantes censados. Uno de ellos debía recibir correspondencia aquel desapacible día.

A tres kilómetros del pueblo, situado en la parte alta de la sierra, el cartero sorteaba curvas a la menor velocidad posible. El tiempo era realmente malo: nublado, ventoso y comenzaba a llover. Para colmo de males, los barrancos cada vez eran más profundos a medida que ascendía por la carretera. Las rachas de viento aumentaban su intensidad y duración. En momentos como esos el cartero lamentaba no haber hecho caso a su padre cuando le decía que no entrara a trabajar en el cuerpo de correos y siguiera con el taller de carpintería de su propiedad, reparando toneles para las bodegas de la zona.

De pronto, en una de las curvas, la parte de atrás de la motocicleta decidió dejar de ser la parte trasera y comenzó un derrape en el asfalto mojado. Un fuerte golpe de viento aumentó la intensidad del giro y en un intento de dominar la moto el funcionario corrigió la dirección con el manillar

doblándolo hacia el mismo lado que había tomado la rueda de trasera. Pareció que la maniobra sería efectiva, pero el asfalto anegado y el poco peso de la máquina se aliaron para, con una brusca sacudida, separar de la moto al piloto, que fue lanzado contra el suelo y después de varias vueltas sobre sí mismo fue a parar a la cuneta, donde quedó inmóvil, sin conocimiento. El vehículo, en tanto, continuó deslizándose sin control haciendo saltar chispas por el roce del metal contra la carretera, hasta que al detenerse varios metros más allá, el motor se detuvo y el silencio se apoderó del lugar. Sólo se oía la lluvia contra el suelo y sobre las hojas de los árboles movidas por el viento que sacudía lo que encontraba en su camino.

Al rato, el cartero abrió los ojos, y tras unos instantes de confusión recordó lo que acababa de suceder. Se incorporó dolorido y recorrió su cuerpo palpándoselo en busca de alguna lesión o herida. Pero sólo percibió algunos arañazos y el dolor por los golpes producidos en las volteretas. Más abajo de donde se encontraba, vio la Vespa en mitad de la carretera. Fue hasta allí a levantarla. En ella tampoco vio, a simple vista, daños apreciables. Le puso el caballete y golpeó con su pie el pedal de arranque haciendo funcionar el motor de nuevo.

—Bien amiga, muy bien —dijo para sí mismo con alegría, aliviado de no tener otro problema allí arriba y en mitad de la tormenta.

Estaba a punto de engranar la primera marcha, cuando algo le llamó la atención. «¿Y la maleta?», se preguntó. Debido a la caída, la maleta que contenía las dos carteras de cuero

marrón con toda la correspondencia —una con el reparto del día y la otra que debía entregar en la estación para que siguiera su trayecto— había desaparecido del portaequipajes. Miró a su alrededor pero no la vio. Retiró la moto de la carretera, la apagó y comenzó a buscarla. No había extraviado ni una sola carta en toda su vida y no le hacía ninguna gracia estrenarse ahora. La buscó arriba y abajo del perímetro donde la moto lo había derribado, pero no tuvo éxito. La lluvia ahora arreciaba con fuerza. Completamente empapado y muerto de frío, dudó entre proseguir la búsqueda o abandonarla y marcharse. Al final, y muy a su pesar, desistió y la dio por perdida. Montó en la moto y la arrancó de nuevo para alejarse de allí antes de que el tiempo empeorase aún más. Encendió las luces y, en ese instante, al soltar el embrague y comenzar a rodar, algo brilló a unos metros de él, iluminado por la luz del faro delantero. Se acercó y comprobó que se trataba de una de las dos maletas que, al borde del barranco, había sido frenada por una mata de lavanda rizada.

Se bajó y la levantó del suelo encharcado. Estaba abierta y varios de los paquetes de cartas agrupados se habían salido. Por ser un día de reparto abundante, era imposible saber cuántos faltaban. Enseguida se dio cuenta de que era la que contenía el correo para repartir; faltaba la que iba en tránsito al resto de España. Buscó una y otra vez en los alrededores, pero no la encontró. Se sentía mal, quizá tuviera fiebre. El hombro comenzaba a dolerle, así que reanudó la marcha dando gracias de que no le había ocurrido nada grave en el accidente y que, al menos, había recuperado una de las dos carteras. Su obsesión había sido siempre no extraviar ninguna carta, pero con la jubilación tan cerca no iba emborronar

de esta manera su trayectoria, así que decidió no decir nada a nadie sobre el accidente ni sobre la pérdida de la otra cartera; las circunstancias mandaban. Además, pensó que si el cuerpo de correos le hubiera puesto un coche, como venía solicitando desde hacía años, nada habría sucedido, y de haber ocurrido algo grave de verdad, ya no tendría remedio.

—Al fin y al cabo, qué demonios, son sólo cartas, que las manden de nuevo.

Y se alejó en medio de la gran tormenta.

Diez años más tarde

Guillermo Vegallana era un hombre común con una vida insulsa como la de tantos otros. Pasaba un tercio de su vida diaria trabajando para una gran empresa en el centro de la ciudad, y como la mayoría de los que necesitan el coche para desplazarse, gastaba más en neumáticos que en zapatos.

Cada mañana a las ocho llegaba a la oficina repartiendo, y recibiendo, los buenos días con desgana a unos y a otros para luego, dentro del ascensor, compartir, como buenos samaritanos, las dosis diarias de bacilos de la enfermedad de temporada.

Bajaba en la sexta planta, donde trabajaba en una moderna oficina llena de mesas con paneles de separación para que no se vieran entre ellos y rendir más en su trabajo, a semejanza de las cuadras donde colocan a las vacas para ordeñarlas. Potentes aparatos de aire acondicionado proporcionaban una temperatura muy fría en verano y muy caliente en invierno, y así, día tras día, como un animal amaestrado, aporreaba el teclado del ordenador como un pianista sin dedos, vendiéndose por algo más del sueldo base y despreciando, o mejor dicho, renunciando al uso de las facultades superiores del ser humano.

Adoraba el arte, la pintura, la lectura..., hacer lo que le viniera en gana. Pero sobre todo amaba la libertad, esa bella dama casi desconocida a la que sólo entreveía escribiendo para los

domingos una columna de tema libre que le publicara un periódico semanal. Podía escribir sobre un hecho destacado ocurrido durante la semana en la ciudad o en el mundo, un libro o lo que sentía al oír una canción, incluso sobre el último partido de fútbol, pero por insignificante que fuera, esa tarea oxigenaba con un poco de esperanza su alma aburrida. No le pagaban con generosidad, sólo lo suficiente para sentirse un poco más a gusto consigo mismo, aunque la suerte le era esquiva en su deseo de escribir para un medio de gran tirada.

Vivía a las afueras de la ciudad en una moderna urbanización con pista de tenis y piscina. Dos horas de su vida las invertía en el trayecto ida y vuelta del trabajo a casa. Su pareja se llamaba Bea, convivían desde hacía cinco años; no estaban casados ni tenían hijos. Ella trabajaba en un buen despacho jurídico, propiedad de dos abogados de bastante edad, y desde que entró allí a trabajar los volvía locos cada día, no se sabe si intencionadamente, pero el caso es que los letrados babeaban cada vez que la veían, tan arreglada, tan simpática y, por qué no decirlo, tan sensual. Ambos eran viudos, y la joven no se parecía en nada a sus difuntas esposas, ni aun en su mejor momento. Lo cierto es que en el bufete se hacía lo que ella quería.

Por las tardes Guillermo disfrutaba del calor del hogar sentado en el sofá, dejándose embrutecer por la televisión, viendo los programas que ven los demás porque otros así lo deciden de acuerdo con sus intereses comerciales.

Bea era una amante compulsiva del diseño. Cada semana inundaba la casa de revistas de moda en las que se informa-

ba de cuáles iban a ser las tendencias de la próxima temporada, y así, cada año, cambiaba el diseño y los colores de los cojines, manteles, cortinas y demás objetos decorativos de la casa.

Guillermo odiaba tanto cambio, no por el cambio propiamente dicho, sino por lo superfluo del acto, sino por subordinarse a lo que otros quieren que se haga en su propio beneficio.

Para gestionar su casa se usaban más los mandos a distancia que las manos.

Esa noche, sentado en el sofá junto a su pareja —a la que cada día comprendía menos y, lo que era peor, estaba convencido de que no congeniaban en muchas cosas— frente al televisor y con la bandeja de la cena sobre sus piernas, se disponía a comerse un filete empanado, descongelado y precocinado que lo miraba tristemente desde el plato como diciéndole « ¡Mátame, mátame, no me dejes vivir de esta manera!». En la televisión discutían unos con otros en un programa de cotilleos de hora punta. Cambió de canal. Las malas noticias internacionales presagiaban un futuro aún más negro que la harina con que estaba rebozado el filete y que probablemente fuera el causante, junto a todos los demás productos de comida basura en que basaba su alimentación, de la incipiente barriguita que venía observando desde hacía algunos días en Bea. De repente sintió angustia, apartó la bandeja, se levantó del sofá donde ella dormía abrazada al último fascículo de moda y diseño, y salió a la terraza para fumar un cigarrillo. Vivía en un piso alto y desde allí se divisaban a lo lejos la ciudad, las luces de las casas, los coches

parpadeando en la oscuridad de la noche. Se sintió a gusto. Arrojó el cigarrillo sin encenderlo y pensó lo bonito que sería el mundo sin la gente que lo estropea.

Los fines de semana solían ir a un gran centro comercial donde la vorágine humana lo devoraba sin que pudiera hacer nada para protegerse. Codazos y empujones lo placaban tanto en lo físico como en lo mental, asfixiándolo con la inestimable ayuda de los diversos olores corporales que lo rodeaban mezclados con los aromas de colonias baratas liberados, ellos sí, de los frascos de prueba. Luego cenaban con algunos amigos en algún restaurante de moda donde les daban de comer casi igual que en casa pero costándoles el triple y, para terminar, tomaban unas copas en la zona de pubs donde lo perturbaba la sensación de que podía ser el hermano mayor o incluso el padre de algunos de los jóvenes que estaban por allí.

En las vacaciones de verano siempre tocaba ir a descansar a una playita solitaria encontrada por su pareja en alguna revista o recomendada por una amiga y en la que, media hora después de llegar, empezaba a poblarse como las demás, perdiendo su privacidad y, encima, abrumado por la sensación de que cada vez se alejaba más de su casa.

En invierno, era costumbre hacer una escapadita a la sierra para esquiar o pasar un fin semana en un pequeño hotel de montaña en Cantabria, aconsejado por uno de los jefes de Bea, a quien en realidad le gustaba mucho más la playa. Donde él se sentía verdaderamente a gusto no era en el hotel sino en el entorno de montaña, en los pequeños pueblos donde todo, las gentes, el paisaje y las costumbres era distin-